

Del renombre a la omisión: Ugarte, Mariátegui y la marginación de la heterodoxia

From Renown to Omission: Ugarte, Mariátegui and the Marginalization of Heterodoxy

MANUEL ANDRÉS GARCÍA

Universidad de Huelva

RESUMEN

Manuel Ugarte y José Carlos Mariátegui fueron, probablemente, dos de las figuras más prominentes de la izquierda latinoamericana de comienzos del XX. Una izquierda cuya pluralidad generaría manifestaciones de todo tipo y en los ámbitos más diversos pero que, a través de estos dos autores, calaría con fuerza en dos movimientos de importancia capital en el devenir político del continente: el antiimperialismo y el indigenismo.

El propósito del artículo sería analizar el influjo de estos pensadores en dichos movimientos, la peculiaridad de su pensamiento, su visión/idea de la revolución y los motivos por los que sus aportes terminarían siendo postergados. Para ello utilizaremos como fuente una selección de la obra de ambos autores, así como los comentarios de sus coetáneos y de la prensa del periodo.

Palabras clave: *Antiimperialismo*, Indigenismo, *Izquierda Latinoamericana*, Siglo XX, *Revolución*.

SUMMARY

Manuel Ugarte and José Carlos Mariátegui were, probably, two of the most prominent figures of the Latin American Left at the beginning of the XX century. A Left whose diversity would generate signs of all sorts and in differing fields but, through these authors, would penetrate deeply in two extremely important movements of the continent's political development: antiimperialism and indigenism.

This article proposes to analyse these thinkers' influence on said movements, the characteristics of their thoughts, their vision/idea of the revolution and the reasons why their contributions ended up being ignored. This work uses a selection from both authors' works as a source, as well as comments by their contemporaries and press reports from the period.

Keywords: *Anti-imperialism*, Indigenism, *Latin American Left*, XX century, *Revolution*.

Manuel Ugarte (Buenos Aires, 1875 – Niza, 1951) y José Carlos Mariátegui (Moquegua, 1894 – Lima, 1930) representan dos visiones, desde la izquierda, de la realidad latinoamericana de comienzos del XX. Dos perspectivas que, en sus diferencias, esbozan la riqueza y complejidad de una ideología en evolución dentro de un mundo atónito por la expansión de un ideal revolucionario de expresión disímil, pero siempre rupturista en sus objetivos. Dos trayectorias, en resumen, que ilustran los vericuetos doctrinales de un mundo en transición hacia un nuevo orden, incierto en su ilación pero progresivamente hostil hacia los discrepantes.

Manuel Ugarte fue una de las más tempranas voces del antiimperialismo continental. Un pensador que, al parecer de un nutrido sector intelectual, retomó y reavivó la idea de la unidad latinoamericana como respuesta al expansionismo estadounidense. José Carlos Mariátegui, por su parte, sería una de las más descolantes figuras de la heterodoxia marxista de su tiempo y, muy posiblemente, la más original que haya surgido en la América Hispana y en idioma español hasta nuestros días.

Partiendo de experiencias vitales, políticas e intelectuales distintas, ambos autores confluían en preocupaciones muy concretas, si bien desde planteamientos cuya definición ilustraría sus respectivas particularidades. No puede decirse, por ejemplo, que Ugarte fuese un teórico al uso; una revisión de sus escritos contrasta su condición de escritor y su habilidad discursiva, pero no la capacidad analítica de la que haría gala Mariátegui a lo largo de su obra y, particularmente, en sus *7 Ensayos*. Del mismo modo la elocuencia de Ugarte, su capacidad para la oratoria, está presente en sus artículos y hace comprensible, sobre todo tras su gira latinoamericana, la relevancia popular que cobraría su figura; algo que Mariátegui sólo lograría en los círculos intelectuales.

Tampoco podemos hablar de un desarrollo conceptual paralelo, si bien sus propósitos sí serían coincidentes en muchos puntos. Un término como “revolución”, su definición y matices, alcanzaría en Mariátegui una amplitud y complejidad dignas de un Gramsci o un Trotsky; Ugarte, por el contrario, haría un uso del mismo más histórico y/o coyuntural, según se terciase, para glosar la ruptura con lo establecido.

A pesar de las discrepancias la relación entre ambos fue cordial, al punto que Mariátegui invitó a Ugarte a colaborar en la que sería su gran apuesta editorial: *Amauta*. No fue ésta una frivolidad del peruano. Por un lado, su intención con la revista sería crear un espacio de renovación, de vanguardia, desde el que articular como movimiento a una progresía intelectual proclive a la transformación del mundo pero habitualmente fragmentada¹. Por otro, Ugarte aunaría a su prestigio personal otra virtud que Mariátegui

1 «Esta revista en el campo intelectual, no representa un grupo. Representa, más bien, un movimiento, un espíritu. En el Perú se siente desde hace algún tiempo una corriente, cada día más vigorosa y definida, de renovación. A los fautores de esta renovación se les llama vanguardistas, socialistas, revolucionarios, etc. La historia no los ha bautizado definitivamente todavía. Existen entre ellos algunas discrepancias formales, algunas diferencias psicológicas. Pero por encima de lo que los diferencia, todos estos espíritus ponen lo que los aproxima y mancomuna: su voluntad de crear un Perú nuevo dentro del mundo nuevo». «Presentación de *Amauta*»; en *Amauta*, Lima, Año I, n° 1, setiembre de 1926. Reproducido en Mariátegui, J. C.: *Ideología y política*. Biblioteca Amauta, Lima, 1987, 237.

siempre valoró en mucho: su sentido de la responsabilidad; su implicación con la sociedad y el tiempo que le habían tocado en suerte. Toda una garantía, a ojos del limeño, de su espíritu libre:

«Es frecuente [...] en los intelectuales el desdén por la política. La política les parece una actividad de burócratas y de rúbulas. Olvidan que así es tal vez en los periodos quietos de la historia, pero no en los periodos revolucionarios, agitados, grávidos, en que se gesta un nuevo estado social y una nueva forma política [...] En estos periodos la política rebasa los límites vulgares e invade y domina todos los ámbitos de la vida de la humanidad. Una revolución representa un grande y vasto interés humano. Al triunfo de ese interés superior no se oponen nunca sino los prejuicios y los privilegios amenazados de una minoría egoísta. Ningún espíritu libre, ninguna mentalidad sensible, puede ser indiferente a tal conflicto»².

El artículo va a girar en torno a estos dos autores y las causas de su postergación entre sus supuestos iguales. Dos figuras con afinidad ideológica –que no coincidencia plena– y comprometidas con un mundo en efervescencia, inmerso en la incertidumbre y sometido a tensiones sociales, políticas, económicas e ideológicas que exigirían un posicionamiento intelectual, un compromiso, que ninguno de los dos eludiría.

La prolífica obra de ambos, al igual que sus particulares recorridos vitales, imposibilita un análisis detallado de sus trayectorias por cuestión de espacio. Es por ello que, partiendo de un ligero esbozo biográfico, incidiremos en los que podríamos considerar sus principales hitos y aportaciones a partir de dos episodios que desvelarían tanto sus peculiares lecturas del socialismo y la revolución como su alejamiento de las ortodoxias: en el caso de Ugarte, su polémica con el Partido Socialista Argentino (PSA) de Juan Bautista Justo; en el de Mariátegui, los celos de la Komintern con sus postulados e influencia sobre el Partido Comunista del Perú (PCP).

Indicar, por último, que la dispar enjundia de sus visiones, su distinto enfoque y naturaleza, ayuda también a entender la complejidad de las circunstancias en que hubieron de moverse. Un entorno en el que la tibieza sería desconsiderada por superficial y que – en un ambiente de extremos – haría de la discrepancia un motivo de señalamiento. Algo que, en cierto modo, compartirían ambos pensadores y que, a medio plazo, acabaría relegándoles al ostracismo³.

2 «El Grupo Clarte»; en Mariátegui, J. C.: *La Escena Contemporánea*. Biblioteca Amauta, Lima, 1987, 154.

3 Mariátegui reiteraría tal percepción en muchos de sus escritos. Uno de ellos sería, precisamente, el ya citado de la presentación de *Amauta*, donde no dejaría espacio a la duda: «En el prólogo de mi libro “La Escena Contemporánea”, escribí que soy un hombre con una filiación y una fe. Lo mismo puedo decir de esta revista, que rechaza todo lo que es contrario a su ideología así como todo lo que no traduce ideología alguna». En el caso de Ugarte, sus denuncias antiimperialistas siempre irían teñidas de una crítica acerva no sólo contra quienes colaboraban con el intervencionismo extranjero sino también contra aquellos que lo consentían y aceptaban calladamente.

MANUEL UGARTE, UN ARGENTINO “MALDITO”

Con este título Norberto Galasso publicó un libro, en 1985, que seguiría la estela de otro editado doce años antes tras un bienio de trabajo en el Archivo General de la Nación de Buenos Aires. Su propósito sería recuperar el recuerdo de un Ugarte a quien llegaría a describir como «alguien absolutamente desconocido para el argentino medianamente culto que deambula por los pasillos de las universidades»⁴.

El desconocimiento de Ugarte sorprendería a propios y extraños. Un repaso a su correspondencia constata su relación con lo más selecto de las artes, la literatura, la política y el pensamiento de su época. Entre sus amistades se contaban algunas de las más importantes firmas de la Argentina finisecular, como Leopoldo Lugones, José Ingenieros, Alfredo Palacios, Ricardo Rojas o Alfonsina Storni. No obstante, es al repasar su red de contactos en el extranjero que se dibuja la calidad del personaje, con interlocutores como José Vasconcelos, Juan Ramón Jiménez, Víctor Raúl Haya de la Torre, Francisco García Calderón, Vicente Blasco Ibáñez, Alcides Arguedas, César Falcón, Rómulo Betancourt. Henri Barbusse le incluyó como miembro del comité editorial de *Monde* junto a otras celebridades como Albert Einstein, Máximo Gorki o Upton Sinclair. Y escritores consagrados como Unamuno, Baroja y Darío no sólo se contarían entres sus amistades sino que llegarían a prologar algunos de sus primeros libros.

Vistos los nombres y su repercusión, sorprende que alguien como Ugarte pudiera desaparecer de la memoria colectiva durante décadas. Galasso sostendría como causa el atrevimiento del escritor al afrontar los que perfila como, posiblemente, los dos problemas capitales argentinos –y, por extensión, latinoamericanos– a comienzos del XX: la cuestión social y la cuestión nacional. Empero tampoco puede obviarse las difíciles relaciones que mantendría, sobre todo en su país, con sus acólitos socialistas, o la evidente animadversión que sus proclamas generarían en unas élites políticas y económicas tachadas poco menos que de cómplices del capital extranjero.

La visión revolucionaria de Ugarte hay que contemplarla desde lo que sería la lectura más política del antiimperialismo. Frente a teóricos como Hobson, Lenin o Rosa Luxemburgo, que en este periodo reflexionarían sobre la naturaleza del imperialismo, sus actores y las nuevas expresiones de dominación⁵, Ugarte respondería más en la línea de un Martí que, ya desde finales del XIX y con los Estados Unidos como clave de su aná-

4 Ugarte, M. [Galasso, N., comp. y prol.]: *La nación latinoamericana*. Biblioteca Ayacucho, 1978, XII. Si bien Galasso renovó el interés sobre la figura de Ugarte merece la pena revisar otras perspectivas sobre su obra y vida, como Barrios, M.A.: *El latinoamericanismo en el pensamiento político de Manuel Ugarte*. Editorial Biblos, Buenos Aires, 2007. En relación al tema que tratamos, es también recomendable Merbilhaá M. (2011): «Representaciones finiseculares de los Estados Unidos en el socialismo argentino: los tempranos diagnósticos de Juan B. Justo y Manuel Ugarte», *A Contracorriente*, 9/1, 237-269.

5 Con diferencias notables entre ellos. Hobson, por ejemplo, en su *Estudio del Imperialismo* (1902), apreciaría éste como una distorsión histórica subsanable con la desaparición de las oligarquías que lo inspiraban; Luxemburgo, en *La Acumulación del Capital* (1912), encontraría precisamente en la explotación colonial la explicación de por qué no se había producido el colapso del capitalismo predicho

lisis, denunciaría lo que se avecinaba al sur de Río Grande. Dicho de otro modo, Ugarte no guió su razonamiento hacia lo conceptual o lo sistémico sino que, partiendo de casos concretos, dando al asunto un enfoque geopolítico y articulado en torno a América Latina, modularía a través del ensayo y el periodismo su rechazo hacia un nuevo modelo de supremacía. De ahí la proposición de la unidad continental como dique con el que frenar el expansionismo norteamericano; o la noción de la revolución como mecanismo con el que, entre otros objetivos, quebrar un orden que parecía consolidarse sin remedio.

Es también importante resaltar el influjo ideológico ejercido en Ugarte por Jean Jaurès. Ugarte pertenecía a la alta burguesía porteña, siendo una práctica habitual dentro de ésta enviar a los hijos a Europa para completar su formación y, en particular, a París, centro por excelencia de la cultura europea. Fue así que Ugarte, con apenas 22 años, llegaría a la capital francesa para disfrutar de su bohemia, mejorar su francés, adquirir conocimientos en filosofía y sociología y conocer personalmente a Jaurès, que despuntaba como el gran líder del socialismo galo de comienzos del XX.

La influencia de Jaurès se reflejó en un socialismo reformista propio de la II Internacional y alejado, a su vez, del mayor extremismo que en poco tiempo caracterizaría al bolchevismo ruso. Un socialismo aburguesado y acomodado a unas circunstancias que lo harían asumible para el poder, pero con matices que, en detalle, remarcarían importantes divergencias internas. Una de ellas la cuestión colonial, que provocaría serias disputas en congresos como los de París (1900), Ámsterdam (1904) o Stuttgart (1907). La realidad es que el imperialismo calaría con fuerza dentro de la II Internacional, con partidos como el SPD alemán en los que voces como la del muy conservador Gustav Noske tuvieron un predicamento notable, y con una oposición tan indecisa sobre la dirección a tomar como sujeta a un paternalismo civilizador que desvirtuaría su enfoque sobre el asunto.

¿Dónde quedaría, partiendo de este último punto, el influjo de Jaurès en el pensamiento ugartiano? Fundamentalmente en un pragmatismo resumido en una de las frases más conocidas del político francés: «Perseguir el ideal y comprender lo real». Una afirmación que le llevaría a descartar toda contradicción entre socialismo y democracia, ponderando, por el contrario, al primero como la culminación de los ideales democráticos preconizados en la Revolución Francesa. Tal hipótesis vendría complementada con un planteamiento de la cuestión nacional que vincularía ésta al desarrollo del socialismo⁶,

por Marx; Lenin, por su parte, en *El Imperialismo, fase superior del capitalismo* (1917), rechazaría las tesis de Luxemburgo y resaltaría el colonialismo como etapa agónica del dominio capitalista.

6 «Las naciones, sistemas cerrados, torbellinos concretos, en la vasta humanidad incoherente y difusa, son la condición necesaria del socialismo. Romperlas sería suprimir los centros de acción claros y rápidos para no dejar más que la incoherente lentitud del esfuerzo universal. La patria es por lo tanto necesaria al socialismo. Fuera de ella no es nada ni puede nada; hasta el movimiento internacional del proletariado, aunque pase por encima de las naciones, necesita encontrar en ellas los puntos de partida y los puntos de apoyo, so pena de perderse en lo difuso y en lo indefinido». El párrafo pertenece al artículo «Socialisme et liberté», publicado en *La Revue de Paris* el 1 de diciembre de 1898. Puede encontrarse una síntesis del mismo, en francés, en la web *Rallumer tous les soleils – Jaurès ou la nécessité du combat* [URL: http://www.jaures.eu/ressources/de_jaures/socialisme-et-liberte-1898/].

pero supeditándola siempre al individuo y sus derechos⁷. Con todo, la relación nación-socialismo serviría a Jaurès para fundamentar una reflexión de la que bebería Ugarte y que, con el tiempo, marcaría profundas diferencias dentro del socialismo europeo y mundial: la conveniencia de que cada partido socialista determinase sus propias tácticas en función de la realidad de sus países. En su opinión, la transformación de la sociedad sólo podía fraguarse a partir de un profundo conocimiento de sus peculiaridades, de ahí que confrontara «a aquellos que formulan planteos abstractos o se agotan en furibundos arrebatos extremistas» por terminar ubicados «al margen de esa lucha e incluso operan[do], a veces inconscientemente, a favor del enemigo».

Como bien sostiene Galasso, estas lecciones de la socialdemocracia francesa enriquecerían sustancialmente a Ugarte, si bien con un matiz de fondo: mientras en Francia y Europa la cuestión nacional parecía haberse superado, en América Latina seguía siendo un problema irresuelto. A lo que habría que sumar un añadido: mientras en Europa la compatibilidad entre socialismo y patria podía justificar las componendas de los partidos socialistas con el poder, en una «América Latina despedazada» y una «Argentina semi-colonial» dicha alianza podía hacer de la reivindicación nacional «el punto de partida indispensable de toda posición antioligárquica»⁸. Dicho en otros términos, la misma complementariedad que en Europa llevaría a los socialistas a disculpar el colonialismo, en los territorios que lo sufrían pondría las bases con que replicarlo, haciendo de la revolución el instrumento con el que combatirlo. Todo esto acabará englobado dentro de los textos de un Ugarte que, precisamente, viviría desde París el desastre español del 98 y la irrupción de los Estados Unidos como aspirante a la supremacía mundial.

El Desastre del 98 se acogería en América Latina con división de opiniones. Sin duda hubo sectores deslumbrados por la nueva potencia, cuya hegemonía pocos se atrevían a cuestionar y cuyo modelo de desarrollo pasó a ser, para muchos, el espejo en el que reflejarse. Sin embargo, también hubo una inevitable manifestación de recelo por parte de quienes venían vislumbrando la progresiva ambición de los ahora vencedores. Ya Martí, tras su experiencia norteamericana, advertiría del peligro potencial de los Estados Unidos respecto a sus vecinos del sur. Una advertencia que, vista la deriva de la cuestión cubana tras el Tratado de París (1898), se tornaría en temible profecía.

La reacción de la intelectualidad latinoamericana tras la intromisión estadounidense en Cuba tuvo conatos de clara hostilidad. Hubo autores como Rubén Darío que, tras haber

7 «Pero si el socialismo y la patria son ahora, de hecho, inseparables, es evidente que en el sistema de las ideas socialistas el país no es un absoluto. No es el objetivo; no es el fin supremo. Cuando [...] los charlatanes gritan: “La patria por encima de todo”, estamos de acuerdo con ellos si quieren decir que debe estar por encima de todas nuestras propiedades particulares, de nuestra pereza, de nuestro egoísmo. Pero sí quieren decir que está por encima del derecho humano, de la persona humana, decimos: No. No, ella no está por encima de la discusión. No está sobre la conciencia. Ella no está por encima del hombre. El día que ella se vuelva contra los derechos del hombre, contra la libertad y la dignidad del ser humano, ella perderá sus títulos». Ibidem.

8 Galasso, N.: *Manuel Ugarte: un argentino «maldito»*. Ediciones Colihue, Buenos Aires, 1985, 10.

hecho públicas sus simpatías hacia el independentismo cubano, rechazaría sin ambages la injerencia yanqui en el conflicto. Fue, en todo caso, uno entre muchos, contándose entre los detractores de la intervención norteamericana nombres como Vasconcelos, Paul Groussac o un José Enrique Rodó que, con la publicación de su *Ariel*, marcaría un antes y un después dentro del movimiento.

Ugarte se sumaría a la corriente poco tiempo después con dos artículos —«El peligro yanqui» y «La defensa latina»— publicados en *El País* de Buenos Aires, respectivamente, el 19 de octubre y el 9 de noviembre de 1901. Se trata de dos textos complementarios en los que se plasmarían fundadamente muchas de las influencias y características del pensamiento ugartiano, al igual que su perspicacia. Basta recordar los sucesos y eventualidades que rodearon la secesión panameña para categorizar el primero prácticamente como un augurio:

«El conflicto entre Venezuela y Colombia, que ha sido fomentado, según los diarios de París y Londres, por los Estados Unidos, es una prueba. El telégrafo nos anuncia diariamente que la América del Norte está dispuesta a intervenir para proteger sus intereses y asegurar la libre circulación alrededor del istmo, basándose en viejos tratados que le abandonan cierto rol equívoco de vigilancia y arbitraje. ¿Se prepara la reedición de lo que ocurrió en Cuba, Filipinas y Hawai? La maniobra es conocida. Consiste en espolear las querellas de partido o las rebeldías naturales y provocar grandes luchas o disturbios que les permitan intervenir después, con el fin aparente de restablecer el orden en países que tienen fama de ingobernables».

Lo mismo ocurriría con el segundo, en el que Ugarte propondría un paulatino acercamiento entre las repúblicas latinoamericanas para coordinarlas como un solo bloque frente a unos Estados Unidos que inspiraban miedo, sobre todo por el convencimiento yanqui respecto a su destino hegemónico y su arrogada autoridad moral sobre el resto del continente:

«Una nación de ochenta millones de habitantes no puede admitir que su supremacía en América sea impunemente comprometida. Sus intereses económicos y políticos deben ser defendidos, aún contra los consejos de una diplomacia de ruleta. Los Estados Unidos pueden emprender la obra de pacificación con la confianza absoluta de que es el derecho innato de la raza anglosajona. Deben imponer la paz al territorio sobre el cual tienen una autoridad moral y proteger sus intereses económicos y políticos a la vez contra la anarquía y contra toda inmiscusión europea»⁹.

El discurso norteamericano no distaba en extremo de aquel con el que Europa excusaba su colonialismo. De ahí que la respuesta intelectual cobrase, con frecuencia, un viso

9 El último párrafo había sido publicado apenas unos días antes por el *New York Herald* de París. «El peligro yanqui»; en *El País*, Buenos Aires, 1 de diciembre de 1901. Reproducido en Ugarte, M.: *Op cit*, 66-67.

antiimperialista que asemejaría su comportamiento al de sus competidores europeos. En esto Ugarte mostraría una cierta ambivalencia, o una sorprendente ingenuidad, al tildar a las potencias europeas como aliadas potenciales frente al expansionismo estadounidense, descartando que éstas pudieran, a su vez, constituirse como amenaza por su propia división interna.

La réplica de Ugarte abriría una nueva vía estrechamente vinculada a esa fusión de socialismo y patria que tanto había moderado a la II Internacional pero que, en América Latina, produjo una prédica muy diferente. Una vía en la que la reivindicación del socialismo como vía natural de transformación social –o, conforme a sus palabras, de evolución social¹⁰– vendría de la mano de su exaltación como mecanismo de resistencia frente al exterior y de la proyección de una progresiva unión continental que el escritor esbozaría tan pertinente como necesaria.

Esta percepción del socialismo y su implantación “natural” no significa que Ugarte descartase por completo el uso de la violencia¹¹, si bien suya sería la frase «*ser revolucionario no es esgrimir un fusil, sino declararse a favor de una reforma*»¹². Pese a todo, el problema no sería tanto la justificación de su uso, aun de manera puntual, sino la naturalización que haría del “ser socialista” y el “ser anticolonialista”. Una esencialización contraria a las corrientes más rancias de la II Internacional y que quedaría plasmada en un artículo, “Socialismo y patria”, en el que aunaría en una sola causa la oposición al capitalismo y la autodeterminación de los pueblos:

«Yo también soy enemigo del patriotismo brutal y egoísta que arrastra a las multitudes a la frontera para sojuzgar a otros pueblos y extender dominaciones injustas a la sombra de una bandera ensangrentada [...] Pero hay otro patriotismo superior, más conforme con los ideales modernos y con la conciencia contemporánea. Y ese patriotismo es el que nos hace defender contra las intervenciones extranjeras, la autonomía de la ciudad, de la provincia del Estado, la libre disposición de nosotros mismos, el derecho de vivir y gobernarnos como mejor nos parezca. Y en ese punto todos los socialistas tienen que estar de acuerdo para simpatizar con el Transvaal cuando se encabrita bajo la arremetida de Inglaterra, para aprobar a los árabes cuando se debaten por rechazar la invasión de Francia [...] Todos los socialistas tienen que estar de acuerdo, porque si alguno admitiera en el orden internacional el sacrificio del pequeño al grande, justificaría en el orden social la sumisión del proletariado al capitalista, la opresión de los poderosos sobre los que no pueden defenderse. Por eso es que cabe decir que el socialismo y la patria no son enemigos, si entendemos por patria el derecho que tienen

10 «El socialismo no es el despojo, no es el infantil reparto que nos reprochan algunos. Es un cambio en el sistema de vida, una modificación en la máquina social que puede operarse quizá sin violencia, gradualmente, por las etapas casi insensibles de la evolución». «Las ideas del siglo»; *Ibidem*, 182.

11 «Y admitiendo que no fuera posible transformar el mundo sin violencia para algunos, valiera más que sacrificásemos el exceso de felicidad de los menos en beneficio del necesario mejoramiento de la situación de los más». «Las ideas del siglo»; *Ibidem*, 181-182.

12 Ugarte, M.: *El porvenir de la América Española*. Prometeo, Valencia, 1920, 287.

todos los núcleos sociales a vivir a su manera y a disponer de su suerte; y por socialismo el anhelo de realizar entre los ciudadanos de cada país la equidad y la armonía que implantaremos después entre las naciones»¹³.

Las tesis de Ugarte cabría encuadrarlas dentro de la corriente anticolonialista que, encabezada por Kautsky, se había impuesto en Stuttgart por un estrecho margen. Un triunfo que, en su propia endeblez, remarcaría las fracturas existentes dentro del socialismo respecto a esta cuestión, con voces como la del alemán Eduard David –defensor no sólo de mantener las colonias sino, incluso, de aumentarlas– o la del holandés Henri Hubert Van Kol quien, al igual que había hecho en los congresos precedentes, abogaría por enfocar el fenómeno desde una perspectiva civilizadora y no exclusivamente explotadora¹⁴.

Los planteamientos de Van Kol encontrarían cierto respaldo en la Argentina, concretamente en la figura de Juan Bautista Justo, fundador del PSA y director de su principal órgano mediático, *La Vanguardia*. Hay diferentes criterios a la hora de valorar el posicionamiento de Justo respecto al colonialismo, por no decir en todo lo que refiere a su obra. Igual que encontramos autores con una valoración muy positiva sobre su actuación política e intelectual –como Dardo Cúneo o, en menor medida, José Aricó– otros, como Jorge Abelardo Ramos, lo criticarían muy severamente. Lo cierto es que, en lo que al imperialismo se refiere, Justo se movería en cierta ambivalencia. Una ambigüedad remarcada por su adscripción a los postulados positivistas en torno al progreso, lo que le llevaría a censurar determinadas intervenciones y, sin embargo, aplaudir otras. Es así como, dentro de un mismo libro, dentro de un mismo párrafo, podemos encontrar conviviendo edificantes diatribas contra el imperialismo con significativas argumentaciones justificando, en pro de la civilización, el sometimiento o la supresión de «los pueblos salvajes y bárbaros»¹⁵.

Tal argumentación iría en línea con una pregunta retórica, inserta en la misma obra, sobre si Argentina podía arrepentirse de la Conquista del Desierto. Una pregunta que, en su esencia, ilumina el quid de sus diferencias con Ugarte, pero que también ilustra sobre el calado político e intelectual del relato positivista sobre la modernidad, el evolucionismo y el progreso infinito. Después de todo el PSA no era precisamente un partido revolucionario, sino una organización implantada sobre todo en la ciudad de Buenos Aires, con una fuerte afiliación entre el artesanado inmigrante y una dirección muy permeada por la pequeña burguesía. Un partido, en palabras de Galasso, con una marcada «conciencia

13 «Socialismo y patria»; en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 2 de julio de 1908. Ibidem, 197-198.

14 Van Kol sería secundado por importantes líderes socialistas como Eduard Bernstein o el belga Émile Vandervelde.

15 «Ni el imperialismo ni el nacionalismo fanático encuentran su órgano en el partido obrero, que desconfía por igual de las empresas guerreras del capitalismo y de la contractura patriótica en que suelen caer las oligarquías depravadas é ineptas al aproximarse el término de su dominación. La democracia obrera no admite más guerras que las defensivas contra un bárbaro enemigo exterior, y las conducentes á abrir nuevas zonas del medio físico-biológico á la acción inteligente del hombre». Justo, J. B.: *Teoría y Práctica de la Historia*, Lotito y Barberis, Buenos Aires, 1909, 465-466.

colonial en el terreno de la economía, la historia, la literatura y la política» y que asumía «el imperialismo como factor civilizador y progresista»¹⁶. Así, tal y como indicaría Rodolfo Puiggrós, Justo asumiría como inevitables la antítesis civilización-barbarie y sus secuelas, ya que «era indispensable civilizar primero a los pueblos para implantar el socialismo». Y lo mismo ocurriría con sus discípulos más ortodoxos, convencidos de que ver «una desgracia en la acción coordinada del imperialismo» no era sino producto del «absurdo nacionalista»¹⁷.

Las discrepancias entre Ugarte y la dirigencia del PSA se agudizarían tras la publicación, en 1910, de *El porvenir de la América Latina*. Un ensayo en el que el escritor encauzaría su crítica antiimperialista hacia los Estados Unidos, desgranando los continuos atropellos de su política exterior ya fuese por medio del complot, de la amenaza militar o de un panamericanismo instrumentalizado en su propio beneficio:

«La proximidad, lejos de favorecer la paz, la dificulta, y el panamericanismo es el engaño más peligroso, el error más funesto y capital. En nombre de él elaboramos nuestra ruina y favorecemos los intereses de la nación que nos amenaza. ¿Cuáles han sido hasta ahora los beneficios? El hecho de agruparnos de tiempo en tiempo bajo la tutela de los yanquis no ha contribuido a resolver ninguno de los problemas que nos sitian. Antes bien, las manifestaciones reglamentadas desde Washington sólo han servido para subrayar nuestro papel de satélites»¹⁸.

El éxito del libro fue tal que llevaría a su autor a hacer una gira de tres años por todo el continente, visitando Cuba, Santo Domingo, México, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, El Salvador, Panamá, Venezuela, Colombia, Perú, Bolivia, Paraguay, Chile y Uruguay. El viaje revelaría a Ugarte el fuerte arraigo de su discurso en la juventud y en las clases populares, pero también la fuerte influencia política, cuando no el control, que el Departamento de Estado norteamericano ejercía sobre las clases dirigentes de estos países.

La fama recién adquirida también destaparía absurdos no por previsibles menos desalentadores, como fue constatar el alcance de su mensaje a lo largo y ancho de América –incluso por movimientos de nuevo cuño, como el de Reforma Universitaria de 1918– en contraposición al desprecio mostrado por sus correligionarios del PSA, cuya particular visión del continente les llevaría a desconsiderar al resto de Latinoamérica en términos parecidos a los empleados por Europa o los Estados Unidos respecto a sus colo-

16 Galasso, N.: *Op cit*, 17.

17 Puiggrós, R.: «Manuel Ugarte, el precursor»; en *El Día* (Suplemento dominical de *El Gallo Ilustrado*), México, 20 de abril de 1975.

18 Ugarte, M.: *El porvenir...*, 148 y 198. El libro fue publicado originalmente como *El porvenir de la América Latina*, pero en 1920 salió reeditado como *El porvenir de la América Española*. El propio Ugarte apuntaría en el prólogo de esta última edición los motivos del cambio, juzgando el nuevo título más próximo a sus pensamientos.

nias: «Ugarte viene empapado de barbarie, viene de atravesar zonas insalubres, regiones miserables, pueblos de escasa cultura, países de rudimentaria civilización [...] y quiere complicarnos en el atraso político y social de estas pobres repúblicas»¹⁹.

La ruptura definitiva llegaría con un suelto publicado por *La Vanguardia* el 20 de julio de 1913, Día de la Independencia colombiana. Un artículo en el que, además de cuestionarse el grado de civilización del país andino, se celebraría la reciente emancipación panameña como algo positivo para el progreso del territorio²⁰. El desatino no pudo ser mayor, teniendo en cuenta las circunstancias que habían rodeado la secesión de Panamá apenas diez años antes y el papel jugado por los Estados Unidos en el asunto. De ahí la contundente respuesta de Ugarte al respecto:

«Al decir que Colombia entrará en “el concierto de las naciones prósperas y civilizadas” se establece que no lo ha hecho aún y se comete una injusticia dolorosa contra ese país, que es uno de los más generosos y cultos que he visitado durante mi jira [sic]. Al afirmar que “Panamá contribuirá a su progreso”, se escarnece el dolor de un pueblo que, víctima del imperialismo yanqui, ha perdido, en las circunstancias que todos conocen, una de sus más importantes provincias y que resultaría “civilizado” por los malos ciudadanos que sirvieron de instrumento para la mutilación del territorio nacional».

En su respuesta Ugarte amenazaría con cortar toda colaboración con el periódico si su línea editorial persistía en el desprecio hacia las repúblicas latinoamericanas. Una amenaza que no afectaría a Justo y sus acólitos que, en la réplica, descartarían con datos censales las supuestas vejaciones pero acompañándolo de una crítica velada al escritor por achacar al imperialismo las desdichas del continente y no ver su potencial como detonante de la conciencia proletaria:

«No es exhibiendo el espantajo del imperialismo yankee como se van a redimir de la tiranía interna y de la posible presión exterior los pueblos latinoamericanos. Es realizando la gran obra constructiva de elevación económica, política y social del pueblo trabajador como se asegurará la autonomía y la independencia nacionales y la fraternidad y solidaridad internacionales. Mucho y muy bueno tenemos que aprender del gran pueblo norteamericano. Y lo único que podemos y debemos oponer al dominio y expansión del capitalismo yankee es el despertar de la conciencia histórica del proletariado latinoamericano, su organización en partido de clase»²¹.

19 *La Vanguardia*, Buenos Aires, 31 de julio de 1913. Reproducido en Galasso, N.: *¿Cómo pensar la realidad nacional? Críticas al pensamiento colonizado*, Ediciones Colihue, Buenos Aires, 2008, 170-171.

20 «Como todas las repúblicas sudamericanas, este país estuvo mucho tiempo convulsionado por las guerras civiles. Panamá contribuirá, probablemente, a su progreso, entrando de lleno en el concierto de las naciones prósperas y civilizadas» En *La Vanguardia*, Buenos Aires, 20 de julio de 1913. Reproducido en Ugarte, M.: *Manuel Ugarte y el Partido Socialista. Documentos recopilados por un argentino*. Unión Editorial Hispano-Americana, Buenos Aires, 1914, 27.

21 En *La Vanguardia*, Buenos Aires, 25 de julio de 1913. *Ibidem*, 32-33.

Las réplicas y contrarréplicas todavía se sucederían durante un tiempo y por diversos medios, al punto que el PSA, temeroso de ver extendida la polémica a sus bases, llevaría la desacreditación de Ugarte y su «socialismo nacional» hasta un extremo que cerraría las puertas a una posible reconciliación. Prueba de ello sería el muy posterior retorno del escritor al partido en 1935, en plena Década Infame. Una vuelta que sólo serviría para ratificar sus discrepancias con quienes, a su parecer, habían «caído en el profesionalismo electoralista sacrificando el ideal socialista y alejándose de la auténtica representación de los sectores populares». O, desde un punto de vista organizacional, con un PSA que había «parecido aspirar más al mantenimiento del actual estado de cosas que a su transformación»²². Así, expulsado al año siguiente de su reingreso, Ugarte acabó concitando en su figura el rechazo de los dos extremos políticos: la oligarquía y el socialismo argentinos. Un contrasentido que bien podría esclarecer su marginación futura.

MARIÁTEGUI Y LA KOMINTERN: CRÓNICA DE UN ENFRENTAMIENTO

La historia de José Carlos Mariátegui es la de un autodidacta; la de un hombre que se sobrepuso a una infancia difícil, marcada por un accidente que le dejó secuelas de por vida, para convertirse en el primer teórico marxista en lengua española. El primero en intentar recrear el marxismo en el ámbito latinoamericano conforme a sus peculiaridades y no a directrices foráneas.

No puede decirse que Mariátegui tuviese una formación marxista al uso. No cabe duda de que acontecimientos como la Revolución Rusa, el final de la Primera Guerra Mundial o el surgimiento de la Unión Soviética despertaron su interés y tuvieron su influencia, pero es más cuestionable que tuviesen un peso doctrinal decisivo en un Mariátegui cuyo socialismo temprano –o sus manifestaciones– iría más en la dirección de cambiar a un Perú anquilosado por la política tradicional que por cualquier otra alternativa²³. No sería una excepción. En realidad, la identificación colectiva del socialismo con la modernidad hizo que bajo su bandera se agrupasen gentes de idearios distintos, pero unidos en el deseo de romper con un pasado que, tras la Gran Guerra, parecía haber perdido todo su sentido.

Estos nuevos tiempos de rebeldía y ruptura coincidirían en el Perú con una coyuntura de crisis en la que las reivindicaciones obreras pusieron al gobierno civilista contra

22 Galasso, N.: *Manuel Ugarte: un argentino «maldito»*, 65.

23 Renique lo traza perfectamente al especificar la notoriedad que el término *bolchevique* cobraría en esos años. Mariátegui llegaría a considerar como tales a personalidades tan dispares como Alfredo Piedra – primo del presidente Leguía y pieza clave en la futura salida del periodista hacia Europa –; los dirigentes liberales Sebastián Patrón y Lauro Cureletti; sus colegas de *La Prensa* y *El Tiempo* Luis Ulloa y Alberto Secada; o sus amigos Félix del Valle y César Falcón, con quienes fundaría un semanario de fugaz existencia: *Nuestra Época*. Renique, J. L.: «De literati a socialista: el caso de Juan Croniqueur»; en Varón, R. y Flores Espinoza, J.: *El hombre y los Andes. Tomo I: Homenaje a Franklin Pease G. Y.*, IEA-PUCP, Lima, 2002, 140.

las cuerdas. Reivindicaciones que el ejecutivo de José Pardo, en su debilidad, no supo encauzar sino con una dura represión que acabaría sentenciándolo en beneficio de su gran adversario político, Augusto B. Leguía.

Mariátegui fundó en este periplo dos publicaciones efímeras: el ya citado *Nuestra Época*, con tan solo dos números, y el diario *La Razón*, editado entre mayo y agosto de 1919. Este último lo codirigiría con su compañero César Falcón, distinguiéndose en tan breve lapso por su apoyo al paro general, al abaratamiento de las subsistencias y al movimiento de reforma universitaria²⁴. La animosidad del nuevo gobierno leguista por la línea crítica del diario desembocaría en su clausura, expulsando fuera del país a ambos directores con un nombramiento como agentes de propaganda del Perú que, en realidad, enmascararía su destierro.

Una de las experiencias que Mariátegui adquiriría en estos años convulsos fue la confusión existente en su entorno respecto al socialismo o la revolución; o, tal vez, la precipitación con que él había calificado como socialistas a quienes, a la hora de la verdad, no dudaron en sumarse al populismo leguista. Su escepticismo fue patente prácticamente desde la toma del poder por Leguía y sus afines, no dudando en hacerlo público a través de su pluma:

«Si ésta es de veras una revolución no tendremos sino que felicitarnos de que haya sobrevenido. Somos sustancialmente revolucionarios. Creemos que nuestro país necesita una revolución muy honda que modifique radicalmente su organización política, armonizándola con las aspiraciones y las ideas de hoy. Pero si ésta no es efectivamente una revolución, si se queda en un golpe de estado [...] tendremos que mirarlo como uno de tantos vulgares episodios violentos de nuestra vida republicana»²⁵.

El párrafo contiene en sí todas las ilusiones e incertidumbres no sólo de Mariátegui sino de su generación. No sólo del Perú, sino de un mundo que asistía expectante a lo que parecía el final de una época. Con todo, una aseveración como la de ser «sustancialmente revolucionarios» hay que sopesarla con sus correspondientes reservas, entre otros motivos por las sustanciales diferencias entre el tipo de revolución reclamada por unos y otros. El propio Mariátegui, aprovechando las manifestaciones por la jornada de ocho horas, descartaría la posibilidad de una revolución proletaria en el Perú por el escaso calado de un socialismo germinal:

«Buenos, leales y románticos bolcheviques, nos imaginamos que nos hallábamos en una hora de jornadas populares, de banderas rojas, de arengas maximalistas y de

24 Una obra interesante para contrastar la distinta evolución de los entonces compañeros, Falcón y Mariátegui, sería Martínez Riaza, A.: *¡Por la República! La puesta política y cultural del peruano César Falcón en España, 1919-1939*, IEP, 2004.

25 «Hora la que empieza»; en *La Razón*, Lima, n° 48, 5 de julio de 1919. Reproducido en Mariátegui, J. C.: *Escritos Juveniles (La Edad de Piedra). Tomo III – Entrevistas, Crónicas y otros textos*, Biblioteca Amauta, Lima, 1991, 349-350.

oradores tumultuarios. Pero no nos asustábamos. Conocedores de la discreta índole, de la blanca psicología y de la sosegada naturaleza de nuestro pueblo, sabíamos que no teníamos por qué temer de él demasiadas temerarias. Su naciente socialismo no era bastante para llevarlo a las barricadas. Sus ardimientos no podían, pues, pasar de un homenaje callejero a las ocho horas»²⁶.

Mariátegui, antes de su viaje a Europa, tenía una percepción de la revolución diferente a la que el bolchevismo impondría después. Renique equipararía dicha visión a la de Luis Araquistáin, socialista español que, desde una perspectiva intelectual y marcadamente moral, señalaría su concepción revolucionaria desde el rechazo a colaborar con un entorno político que consideraba una gran mentira. Una convicción que le llevaría, al igual que a Mariátegui, a celebrar lo que acontecía en Rusia y a preconizar la revolución como una necesidad histórica, convirtiéndose, desde la revista *España*, en uno de los más sugestivos difusores del pensamiento leninista en la Península. Este último detalle no deja de ser un tanto paradójico al constatar cómo Araquistáin, considerado uno de los principales ideólogos de la rama más izquierdista del PSOE pre Guerra Civil, vería mucho más factible en España una «revolución blanca»²⁷ que una «revolución roja», entre otras causas porque, a su parecer, parafraseando a Marta Bizcarrondo, la inexistencia o debilidad del poder público hacía posible sus sustitución «simplemente por medio de la afirmación de su antagonista»²⁸. Empero, en lo que a Mariátegui concierne, ésta sería una vivencia a valorar a medio plazo, sobre todo tras contemplar la habilidad del leguismo para seducir a aquellas fuerzas que se habían proclamado socialistas y pregonado enfáticamente la revolución para, al final, designar a Leguía como conductor de la misma.

Que esto sería una lección para Mariátegui puede deducirse del empeño que pondría tras su experiencia europea en la creación y fortalecimiento de una conciencia proletaria en su país. Una decisión en la que resultaría determinante todo aquello que observó en su tránsito por Italia, Francia y Alemania; sobre todo en la primera. Fue allí donde pudo vislumbrar el desarrollo de una izquierda en la que Gramsci, director de *L'Ordine Nuovo*, reinterpretaba el socialismo desde premisas revolucionarias pero no gemelas a las del soviétismo. Una experiencia que vino a sumarse al enriquecimiento personal e ideológico que le supondría el contacto directo con intelectuales y artistas de la talla de Barbusse o el conocimiento de autores no marxistas pero sí transgresores como Benedetto Croce, Piero Goberti, Henri Bergson, Adriano Tigher, George Sorel, Roman Rolland, Sigmund

26 «Un paréntesis»; en *El Tiempo*, Lima, 23 de enero de 1919. Reproducido en Mariátegui, J. C.: *Escritos Juveniles (La Edad de Piedra)*. Tomo 8 - Voces V, Biblioteca Amauta, Lima, 1994, 173.

27 Araquistáin la describiría como una revolución «... a base de huelga general, una lucha pacífica entre la organización del Estado y la organización de la sociedad, tomando como núcleo a las Asociaciones obreras». «La revolución blanca»; en *El Liberal*, Madrid, Año XXXIX, nº 13732, 21 de junio de 1917, p. 1.

28 Bizcarrondo, M.; *Leviatán y el socialismo de Luis Araquistáin*, Detlev Auvermann, Berlín, 1974, 20.

Freud o André Breton²⁹. Vivir tan de cerca las secuelas políticas y doctrinales del *Bienio Rosso* fue una fuente de aprendizaje para el peruano como jamás pudo imaginar. No es que la II Internacional se viese atentada: es que se vería desbordada por la configuración de un nuevo marxismo, de talante esencialmente revolucionario y claramente influido por el bolchevismo.

Siempre se ha especulado sobre el ascendiente de Gramsci en el pensamiento mariáteguiano. Una especulación que tiende a obviar cómo el principal aporte teórico del italiano, los *Quaderni del carcere*, no verían la luz hasta 1948, once años después de su muerte y dieciocho de la del peruano. Es cierto que hay puntos en común –una coincidencia discursiva– en sus planteamientos, al igual que en la praxis social que ambos quisieron implementar en sus respectivos países, pero resulta más factible entender las mismas como producto de un contexto y una coyuntura compartidos, aun por un tiempo concreto –Gramsci como actor; Mariátegui como atinado espectador– que por una influencia directa del itálico sobre el andino. No en vano, las crónicas enviadas por Mariátegui a *El Tiempo* limeño –y posteriormente recopiladas en sus *Cartas de Italia*– denotan la misma agudeza que había mostrado en sus análisis de la política criolla, pero trasplantada a un terreno mucho más fecundo, doctrinalmente hablando, que le acercaría a las tendencias, autores y disputas que en ese periodo hicieron de la Península Itálica un observatorio ineludible de la escena política e ideológica internacional y de *L'Ordine Nuovo* un espacio de discusión y vanguardia revolucionarias que se convertiría en referente para la izquierda europea.

Fue gracias a su condición de periodista que el peruano pudo asistir como corresponsal al Congreso Socialista de Livorno, en enero de 1921, y a la Conferencia Económica Internacional celebrada en Génova en mayo de 1922. Dos eventos en los que tomaría conciencia, por una parte, de la crisis existente dentro del socialismo italiano y europeo; por otra, del complejo reordenamiento de las relaciones internacionales tras la Gran Guerra y las dificultades del Viejo Continente para superar la profunda crisis en que se hallaba inmerso. Italia sería, a este respecto, un magnífico escaparate de toda esta problemática. Hablamos de un país frustrado por no ver satisfechas en Versalles sus reclamaciones territoriales. Un país sumido en una profunda crisis económica manifiesta en un fuerte endeudamiento estatal, una gran inestabilidad monetaria, un desempleo creciente y un aumento de los precios que encarecía sustancialmente el día a día. Tal situación vendría a unirse a la quiebra del sistema político liberal y la emersión de dos partidos de masas –el Partido Socialista Italiano y el Partido Popular– con raigambres bien diferenciadas pero que bien podrían considerarse la encarnación de las dos Italías: un norte industrial y proletario y un sur agrario y por desarrollar. Y a todo ello habría que unirle el ambiente convulso que caracterizaría al Bienio Rojo, tanto en Italia – con frecuentes huelgas, manifestaciones, toma de fábricas y el surgimiento de consejos obreros –como en una Europa que asistiría,

29 Andrés García, M.: *Indigenismo, Izquierda, Indio. Perú, 1900-1930*, UNIA, Sevilla, 2009, 303.

aturdida, a movimientos como el levantamiento espartaquista alemán o a la aparición de nuevos soviets, como la fugaz República Soviética Húngara.

La sensación de estar viviendo la transición a un tiempo distinto al capitalismo afectó sin remisión a la intelectualidad coetánea, ya fuese para procurar su consecución o bien para frenarlo. En el caso de Mariátegui la experiencia vendría a complementarse con otros asertos que resultarían cruciales en su devenir, como fue la revelación de su ser latinoamericano, de la realidad de su continente, y el compromiso a adquirir para con el mismo³⁰. Un redescubrimiento en el que, posiblemente, tuvo mucho que ver la constatación de una Europa embebecida consigo misma hasta el extremo de desentenderse, o desdeñar, la realidad de otras latitudes. Fue así como Mariátegui desecharía, por incongruente, la posibilidad de que América siguiese el camino de Europa, lo que no implicaría que no se pudiese aprender de sus aportes y errores, pero siempre desde un rumbo propio³¹.

En el caso de Perú, donde retornaría en marzo de 1923, la praxis vendría marcada por un factor ineludible que le diferenciaría sustancialmente de las tesis europeas: la existencia de un campesinado andino, indígena, en el que persistía un colectivismo que, a ojos de Mariátegui, insinuaba la pre-existencia de un socialismo primitivo, lo que posibilitaba la implantación del socialismo revolucionario aun siendo el suyo un país agrario y subdesarrollado. La hipótesis no podía ser más simple: a falta de un proletariado industrial que impulsase, al modo de las teorías marxistas, el proceso revolucionario, debía ser el campesinado indígena –de naturaleza inusualmente protosocialista– el motor con el que arrancar y sostener la revolución y con el que sustentar la expansión y consolidación del socialismo. O, siendo más concretos, de un socialismo indoamericano.

Este último aspecto traería consigo conjeturas ya no ajenas sino contrarias a la ortodoxia marxista. Una de ellas, y no menor, respondería al futuro del campesinado indígena ya que –como bien indicaría Mariátegui– si era sobre éste que debía sostenerse la acción revolucionaria, pretender alterar de manera taxativa, en pro del gran objetivo, sus modos y hábitos de vida tradicionales sólo conseguiría desengancharlos del proceso. La advertencia no era baladí: tanto la ortodoxia comunista como el aprismo –aun desde enfoques diferentes– refrendaban el desarrollo del capitalismo como prólogo ineludible de la revolución y el socialismo, con las subsiguientes consecuencias para el mundo rural. Empero Mariátegui, vistas las circunstancias de su entorno, teorizaría en otra dirección, secundando un socialismo cuyo desarrollo, en palabras de Flores Galindo, «no debía implicar la destrucción de la comunidad» ni edificarse «a costa de los campesinos».

30 «Por los caminos de Europa, encontré el país de América que yo había dejado y en el que había vivido casi extraño y ausente. Europa me reveló hasta qué punto pertenecía yo a un mundo primitivo y caótico; y al mismo tiempo me impuso, me esclareció el deber de una tarea americana». En Mariátegui, J. C.: *El Alma Matinal y otras estaciones del hombre de hoy*, Biblioteca Amauta, Lima, 1987, 192.

31 Para Flores Galindo ésta sería la raíz para entender la consolidación del pensamiento mariáteguiano en una doble vertiente: por un lado, la defensa de lo nacional; por otro, la necesidad del internacionalismo. En Flores Galindo, A.: *La Agonía de Mariátegui*. Revolución, Madrid, 1991, 76.

Tan novedosa visión sobre el socialismo y el orbe andino no puede deslindarse del acercamiento de su autor al indigenismo más vanguardista, encarnado en colectivos como el Grupo Resurgimiento –del que formaría parte– o en un Luis Valcárcel con quien mantendría una estrecha amistad hasta su fallecimiento. Esto no implicaría una subordinación absoluta del intelectual limeño a las premisas de dicho movimiento, sino una instrumentación del mismo –de sus experiencias– para entender el mundo andino en toda su complejidad y siempre en función del ideal socialista y revolucionario. Con ello no fue extraño ver a Mariátegui enzarzado en alguna de las intermitentes polémicas escenificadas por las distintas corrientes indigenistas – especial relevancia cobró la que sostendría con Luis Alberto Sánchez – o constatar sus discrepancias con un Valcárcel al que, igual que le escribiría el prólogo de su *Tempestad en los Andes*, también rebatiría sin rodeos respecto a cuál debía ser el principal propósito del movimiento: la implantación del socialismo³².

Fue en los *7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana* donde Mariátegui plasmó con mayor solvencia su ideario. Pese al cuestionamiento que algunos intelectuales harían de determinados capítulos, se trataría del primer estudio global del pasado y presente del Perú, desde una perspectiva eminentemente marxista, en función de hallar las claves para comprender su compleja realidad. Varias de sus reflexiones ya habían podido vislumbrarse en sus colaboraciones en *Mundial* –donde escribía en la sección *Peruanicemos el Perú*– así como en diversos números de *Amauta*. Sin embargo los *7 Ensayos* se presentarían como un cuerpo articulado en bloques interdependientes, de manera tal que el primero de ellos, «Esquema de la evolución económica», podía deducirse estrechamente ligado al tercero y el sexto – «El problema de la tierra» y «Regionalismo y centralismo» –y, a la par, indesligable de un segundo– «El problema del indio» – vinculado sin remedio con el cuarto y el quinto, «El proceso de la instrucción pública» y «El factor religioso». Incluso el séptimo, «El proceso de la literatura», que pudiera parecer alejado de los anteriores, cobraría todo su sentido al ser planteado por el autor como la constatación de la traba que había supuesto la cultura colonial española, o su influjo, a la hora de generar una literatura propia que englobara las distintas tradiciones del país y ayudase a conformar su identidad.

Para Mariátegui la cuestión nacional pasaba, sobre todo, por solventar sin demora la subsistencia indígena. En torno al indio se había creado una estructura despótica y arbitraria, heredera de los peores vicios coloniales, que disponía todos los recursos y medios públicos en beneficio de un sistema, el gamonalismo, basado en la explotación aborigen y con ramificaciones en todos los niveles del Estado. Un sistema restrictivo en cuanto a los derechos y libertades de la mayoría indígena y excluyente respecto a su idea de país.

32 Valcárcel suspiraba por que el indio encontrase “un Lenin” que aunase marxismo y tradición andina en pos del retorno a un idealizado pasado indígena. Mariátegui, sin embargo, entendía imprescindible el mesianismo andino dentro del proceso revolucionario por su ascendente entre la población indígena, pero siempre con el socialismo como designio innegociable. En Andrés García, M.: *Indigenismo...*, 311.

Mariátegui despreciaría, por prejuiciosas, las justificaciones de quienes otorgaban al problema una naturaleza étnica³³. También rechazaría que la solución pudiera soslayarse a partir de criterios jurídicos, raciales, morales, administrativos, educacionales o religiosos. Si el problema era el indio, su solución sólo podía venir desde el reconocimiento de la opresión a que estaba sometido y la satisfacción de la que era su demanda más primaria: la tierra³⁴.

Encarar el problema como una cuestión esencialmente socioeconómica plantearía la solución en términos antagónicos a los intereses del gamonalismo, sobre todo al señalar el régimen de propiedad como principal obstáculo a abatir. Conforme a ello, cabrían dos deducciones: por un lado, no se podía acabar con la servidumbre indígena sin acabar con el latifundio; por otro, el sólido vínculo entre el poder y la oligarquía terrateniente –reflejado en la propia existencia del gamonalismo, tras cien años de independencia– deslegitimaba la política tradicional republicana como instrumento del cambio, descartando cualquier otra salida al problema de la tierra y la cuestión indígena que no fuese el socialismo. Así, sólo una revolución socialista venida de manos del indio podría liquidar el gamonalismo y, a la par, reivindicar a su protagonista en todos los aspectos, incluido el de su integración definitiva al país.

Lo expuesto en los 7 *Ensayos* no pasaría desapercibido, sobre todo tras la fuerte polémica que su autor mantendría con Haya de la Torre y de cuyas resultas, entre otras, surgiría el Partido Socialista del Perú³⁵, de adscripción marxista-leninista y con Mariátegui como Secretario General, lo que supondría la inclusión del indio y la comunidad como parte del «movimiento revolucionario del proletariado».

Su pública declaración como socialista pero, sobre todo, su proselitismo –a través de *Amauta* y el semanario *Labor*– en pos de ganar adeptos, hicieron que no tardase en tener problemas con el gobierno leguista. Una situación ya conocida por el intelectual, pues en junio de 1927 había sufrido la requisa policial de la revista y su reclusión, por seis días, en el hospital militar de San Bartolomé bajo la acusación de conspirar junto a los «comunistas criollos» contra el ejecutivo. Su liberación por falta de pruebas no fue óbice

33 «La suposición de que el problema indígena es un problema étnico, se nutre del más envejecido repertorio de ideas imperialistas. El concepto de las razas inferiores sirvió al Occidente blanco para su obra de expansión y conquista. Esperar la emancipación indígena de un activo cruzamiento de la raza aborígen con inmigrantes blancos, es una ingenuidad antisociológica, concebible sólo en la mente rudimentaria de un importador de carneros». En Mariátegui, J. C.: *7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*, Biblioteca Amauta, Lima, 1991, 40.

34 «La tierra ha sido siempre toda la alegría del indio. El indio ha desposado la tierra. Siente que “la vida viene de la tierra” y vuelve a la tierra. Por ende, el indio puede ser indiferente a todo, menos a la posesión de la tierra que sus manos y su aliento labran y fecundan religiosamente». *Ibidem* .- p. 47.

35 El acta fundacional del partido especificaría la conveniencia de denominarse de inicio, por motivos legales, «socialista». No obstante en mayo de 1930, pocos días después de morir Mariátegui, tomaría definitivamente el nombre de Partido Comunista del Perú. Sobre la polémica y ruptura con Haya de la Torre hay amplia bibliografía y no entraremos salvo para indicar que el detonante fue la decisión de Haya de convertir en partido político –el APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana)– lo que había sido inicialmente un frente de intelectuales antiimperialistas.

para que Mariátegui hiciese constar, a través de *La Prensa*, su condición de «marxista convicto y confeso», mas también la inexistencia de contactos con la «central comunista de Rusia (o cualquiera otra de Europa o América». Una circunstancia esta última cuya subsanación –la invitación al PSP a diversos encuentros organizados por la Komintern– señalaría el abismo existente entre la III Internacional y el intelectual peruano.

Tres fueron las reuniones que patentizaron las grandes diferencias conceptuales y estratégicas entre el socialismo peruano y la Internacional Comunista: el IV Congreso Sindical Rojo (Moscú, marzo 1928), la I Conferencia Sindical Latinoamericana, (Montevideo, mayo 1929) y la I Conferencia Comunista Latinoamericana (Buenos Aires, junio 1929), siendo sobre todo en esta última donde las divergencias se harían más nítidas.

Ya algunos pormenores ilustran fricciones previas entre el PSP y una Komintern decidida a no perder el control de la reunión. Que ésta se organizase, al igual que la de Montevideo, en el Río de la Plata, por ejemplo, vino motivado por ser Argentina el país con mayor tradición marxista de la región, lo que se esperaba diese más consistencia a un movimiento todavía incipiente en el continente. Sin embargo, esto también tendría un efecto que bien podría considerarse contraproducente o malintencionado visto el transcurso del encuentro. Muchos de los delegados procedían de países y contextos fuertemente europeizados, como Argentina, Uruguay, Chile o Brasil, con lo que su conocimiento de la problemática racial y campesina no podía ser menor. A ello hubo que sumarle la predisposición de éstos a considerar fruto de la arrogancia el que Mariátegui hubiese empleado para sus tesis criterios que diferenciaban al Perú de otras realidades americanas. De este modo, si bien la Komintern, personificada en el italoargentino Victorio Codovilla, no pudo impedir que la cuestión agraria y aun la indígena formasen parte de las discusiones –la importancia del campesinado en la región lo desaconsejó– sí pudo relegarlas a un plano secundario frente a sus auténticos objetivos: asentar las directrices que debían regir la lucha antiimperialista, el movimiento sindical y la organización de los partidos comunistas latinoamericanos³⁶.

El repudio de las teorías mariateguianas no impidió su reconocimiento intelectual por los presentes, mas no sería sino el halago previo a la sentencia. En realidad, Buenos Aires fue el prolegómeno del futuro y estricto corsé ideológico que establecería el estalinismo a corto plazo y del que Codovilla se mostraría fiel seguidor, lo que explicaría su obcecación –y la de buena parte de las delegaciones– por rechazar los postulados de Mariátegui sobre la pertinencia de distintas vías hacia el socialismo conforme a la pluralidad del continente y, por el contrario, asumir las premisas de la Komintern de un solo modelo independientemente de las circunstancias. Conforme a ello, la reorientación del PSP hacia la línea oficial no tardaría en ser un hecho, sobre todo tras la repentina muerte de Mariátegui, víctima de una enfermedad de la que tenía previsto tratarse en Buenos Aires.

36 Andrés García, M.: *Indigenismo...*, 332.

Un vacío de poder que la Komintern se apresuró a cubrir con Eudocio Ravines, antiguo colaborador de Haya de la Torre y responsable, a instancias de la Internacional, de llevar a cabo la «desamautización» del partido.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La generalizada acepción de Europa como marco de generación, crecimiento y enfrentamiento ideológico en el lapso comprendido entre 1880 y 1930 suele eludir, salvo en casos concretos, los efectos que sus debates generaron fuera del Viejo Continente. En realidad el imperialismo no sería sino una expresión de la visión supremacista que las potencias europeas y sus sucesoras trasladaron a la política internacional. Supremacismo que, igual que se hizo evidente en el ámbito socioeconómico, también alcanzaría la esfera cultural y, particularmente, la doctrinal, haciendo de los grandes teóricos europeos –y, si acaso, norteamericanos– los pontífices de los nuevos tiempos.

Sorprendentemente esto no cambiaría con el ascenso de las ideologías de masas. La izquierda, en sus distintas manifestaciones organizacionales, asumió mayoritariamente muchos de los prejuicios que habían nutrido el imaginario europeo desde la Ilustración y que, con el positivismo, florecerían en un discurso que, además de mantener la preeminencia tradicional, llegaría a justificarla en aras de un progreso tan loado sobre el papel como cuestionable en sus secuelas.

Ugarte y Mariátegui, desde marcos teóricos cercanos pero no idénticos, vivirían en primera persona la pervivencia de tales convencionalismos. Ambos descubrieron una Europa pujante en lo intelectual y capaz, incluso en un interludio de crisis, de inspirarles una aplicación distinta, una nueva lectura, al mismo ideario que otros empleaban desde una perspectiva imperativa. Un detalle que, paradójicamente, les depararía un destino parejo, la marginación, lo que nos llevaría a sopesar en qué medida la postergación devino de lo que proclamaron y no de, simplemente, salirse de lo establecido.

Este último aspecto, referido a la pulsión revolucionaria, podría parecer irónico a los ojos de un profano. Empero hablamos de una dinámica reiterada dentro de la izquierda prácticamente desde la I Internacional, cuando las diferencias entre Marx y Bakunin quebraron el primer gran intento de organización internacional obrera. Con todo, lo acontecido con Ugarte y Mariátegui habría que contemplarlo desde una óptica distinta en tanto que su iconoclasia iría dirigida a la superación de axiomas discriminatorios propios de una intelectualidad ajena e ignorante en lo concerniente a Latinoamérica y su heterogénea realidad.

Ugarte no tuvo la brillantez teórica de Mariátegui pero, sin embargo, sí fue capaz de glosar la pluralidad, el mestizaje, de una América Latina cuya fuerza y unidad debían brotar, en primer lugar, de su propio reconocimiento³⁷. Del mismo modo, siguiendo la estela

37 «Lo que fortifica á las naciones es la unidad de la raza. Antes de hacer nada grande, los hombres necesitan tener la convicción de pertenecer á un conjunto homogéneo, y no á una muchedumbre en derrota. Cuando en la América del Sur, donde nadie odia al negro, ni al indio, ni al judío, se habla de

de otros como Martí, también supo ilustrar el lado oscuro de una América anglosajona tan ensalzada por el positivismo militante como amenazante para aquellos que, en nombre del progreso, debían sufrir su expansionismo; o bien, en una terminología más cercana a Juan B. Justo y la II Internacional, entenderlo como una fase más – la imperialista – en pos del socialismo.

Mariátegui, por su parte, tuvo la osadía de sustentar ante la Komintern el desatino de imponer un único modelo de estrategia y táctica revolucionarias sin sopesar las particularidades de cada entorno. Un modelo que, al eludir la importancia de las especificidades nacionales, también descartaría la necesidad de un conocimiento profundo y previo de esas realidades a las que se pretendía encauzar hacia la revolución y el socialismo. Su análisis sobre la singularidad de la región andina advertiría sobre la inconveniencia de introducir modelos ajenos o no adaptados a la misma. Sin embargo, para la Komintern el peligro devendría de las conclusiones de dicho estudio en cuanto a la necesidad de adaptar la estrategia revolucionaria a las peculiaridades de cada realidad. Una deducción que, en su extensión, exhibiría los errores de base de la Internacional Comunista en su obsesión por uniformizar criterios y doctrina. Y una conclusión que, en su certeza, acabaría abocando al autor y su obra a un alevoso olvido.

contrarrestar el empuje de los anglosajones, todos comprenden que el mejor medio es sacar los músculos indispensables de nuestras propias características. La fuerza de todos los países no reside en las mismas cualidades. Cada uno perdura por su originalidad. Y sólo fortificaremos la nuestra cultivando el orgullo de lo que somos». Ugarte, M.: *El porvenir de la América Española*, 100-101.